

servísteis para destronar á una Regente. No invoqueis razones de política, porque la política del siglo y de la Europa pide á voces la legitimidad del Trono, para cerrar la sima de la guerra; y la estabilidad del Trono para la creacion de un Gobierno. No invoqueis la Constitucion vosotros, los mismos que la hicisteis, porque tendríais que borrar, en obsequio de vuestro ídolo, un artículo fundamental algo más importante que el de las prerogativas de los alcaldes. No invoqueis las circunstancias; porque las circunstancias tristes que nos rodean, no son más que vuestros atentados y vuestros incurables errores. No invoqueis la Historia, porque la Historia os responderá en todas sus páginas que ninguna minoría régia ha sido prorogada, y que, por el contrario, las Cortes acortaron muchas veces la edad pupilar de los Monarcas, por aplacar las discordias civiles, y atajar las pretensiones, siempre aborrecidas y malélicas, de los Regentes ambiciosos. La Nacion vé ya cerca la orilla de salvacion á donde nos arroja la larga tormenta que vamos corriendo.

Vosotros,— es verdad,—vosotros no veis iluminado con la misma luz el Trono que asoma en un horizonte cercano como una cúpula espléndida, y que aclamamos todos con júbilo santo como un refugio bendito.

Nosotros somos los tristes pasajeros que al divisar esa playa gritamos embriagados ¡tierra! y saludamos con lágrimas á la Pátria. Vosotros sois los piratas sublevados que huyen la ribera y á quienes aterra la vista del puerto, porque creen ver en cada roca, ó en cada tronco, alzarse el espectro del patíbulo.

## BIOGRAFÍA

DE

DON DIEGO DE LEON Y NAVARRETE.

---

Entre los hombres distinguidos que la revolucion y la guerra han devorado en su curso, ninguno ha dejado un recuerdo tan profundo en la memoria de España como el General Leon. El nombre de este guerrero que, saliendo de la esfera de los hombres de nota, toca ya en la de los varones insignes, es de aquellos que nunca asoman á los lábios sinó entre las emociones de la tristeza solemne y del verdadero entusiasmo; y siendo así que todas las grandes víctimas de nuestras discordias han caido sacrificadas, ó por el brazo de la guerra en los campos de batalla, ó por el brazo de la revolucion en las plazas de nuestras ciudades, esta sola víctima, la más grande y la más llorada de todas, ha alcanzado los honores tremendos del cadalso. Esta sola no, que con ella cayeron otras, cuyo recuerdo será siempre un recuerdo de admiracion y de dolor para España!

El cadalso del General Leon está en pié todavía, porque los cadalsos levantados por la política no caen sinó con los hombres ó con los partidos que los erigieron <sup>1</sup>;

<sup>1</sup> Esta biografía estaba escrita cuando cayó la Regencia del General Espartero.

pero ¿deberemos nosotros, cuando nos proponemos trazar en breves rasgos la vida del General Leon, fijar nuestras miradas en aquel monumento de muerte, clavarlas y no apartarlas de aquel terrible aparato y escribir estas páginas con sangre? Al considerar la entidad y significacion de los que ejecutaron en Diego de Leon una venganza, que la revolucion y la dictadura han apellidado con las palabras, sacrilegamente hermanadas, de necesidad y de justicia, el sentimiento de la indignacion se convierte tambien en un sentimiento de venganza, y sólo se vé un gran reo juzgado por inexorables verdugos; pero cuando se fija la vista en ese gran reo, que no se levanta de la tumba sinó entre los magníficos atributos de una inmortalidad gloriosa y serena, entónces se respira en una region más alta que la de las pasiones políticas; entónces no se vé más que á Diego de Leon triunfante con la corona de su martirio; entónces se olvidaria á sus sacrificadores, si fuese posible olvidarlos; y no siendo posible olvidarlos, se les desprecia, como él en sus momentos supremos los despreciaría. Diego de Leon es la hostia sangrienta de la revolucion española, que no ha merecido tan grande hostia.

La vida del General Leon es una série de combates que se termina con la guerra civil, y una conjuracion militar y política que se termina con su muerte. Lanzado con todo el vigor de la juventud en el tumulto de una guerra, que para él no fué nunca más que una guerra; de una guerra en cuyos entronques políticos nunca quiso mirar las ocasiones de una ambicion revolucionaria; dotado de cualidades que tanto alejan de la dominacion exclusiva, como impiden confundirse entre la multitud, el primero en la lid, el último en las intrigas del campa-

mento, el más necesario para la ejecucion de un plan de campaña, el más dócil en los consejos de los Generales, el más rebelde á las ambiciones siniestras del ejército; el nombre de este General, que no se afaná jamás tras la responsabilidad ó el honor de presidir á los destinos de la lucha civil armada, no ha dejado, por tanto, de inscribirse al lado de los primeros, y tal vez como el más brillante, en el catálogo de los nombres, que la guerra de los siete años ha legado á la posteridad.

En su cabeza no estuvo nunca el éxito de la guerra; pero de su brazo pendió muchas veces la suerte de las batallas. Él se ciñó la faja de General porque era el primero, el mejor de nuestros soldados; y esta gloria vale bien las más altas reputaciones de nuestro ejército. Movidó luego por la fuerza de las cosas y por los compromisos más nobles que pueden influir en el ánimo de un General y de un caballero; puesto al frente de una empresa, para la cual se invocaban los grandes nombres y los grandes principios que él había proclamado toda su vida en los campos de batalla; hecho el campeón de una legitimidad vencida por la monstruosa alianza de la revolucion de las calles con la revolucion de los campamentos, vencido él mismo en aquel combate por un conjunto de circunstancias, que semejaron la obra de una fatalidad enemiga, al General Leon no le estuvo reservada la peligrosa gloria de llevar á cabo una restauracion, cuya sola tentativa le ha revestido de un carácter político á los ojos de la Historia; pero sí le estuvo reservada la gloria inmarcesible de engrandecerse todavía más en el inmenso infortunio con que acabó su carrera, y de santificar con su heroica sangre la causa porque moría.

Durante su vida el General Leon no fué el jefe, no fué

el hombre de ningun partido militar ó político; en su muerte, sí; en su muerte ha sido la personificación de una gran idea, que no ha descendido con él á la tumba, y que ha de fructificar en España el dia en que desaparezca del Trono español el sable que mella el cetro. Acaso no se daba á sí mismo cuenta de la significacion de su malograda empresa. No tenía él la especie de ambicion que hace meditar en política. Hombres hay que no han nacido para la ambicion, pero que han nacido para la gloria; y Diego de Leon era uno de ellos.

D. Diego de Leon y Navarrete nació en Córdoba el dia 30 de Marzo de 1807. Fueron sus padres, el Marqués de las Atalayuelas, Comendador de Calatrava, Gentil-Hombre de S. M., Brigadier y Coronel del regimiento provincial de Córdoba, y la Señora Doña María Teresa Navarrete y Valdivia. Á los seis años fué enviado por sus Padres á las Escuelas Pias de Madrid, de cuyo seno han salido muchos hombres insignes en todas las carreras del Estado. En ellas permaneció hasta los once años, á cuya edad fué trasladado al Colegio de la Asuncion de Córdoba, de donde salió á los quince para la casa paterna. Sus primeros años no ofrecen las singularidades características que se buscan por curiosidad instintiva en la infancia de los hombres notables.

Siendo hijo segundo, y determinando seguir una carrera, D. Diego eligió la de las armas. Beneficiábase todavía entónces las capitánias de los regimientos, y el Marqués solicitó para su hijo una compañía de caballería, la cual le fué concedida, mediante la entrega de sesenta y cuatro caballos para el ejército. El 20 de Agosto de 1824, recibió un comisionado del Gobierno los sesenta y cuatro caballos, cuyo precio ascendió á 160,000 rs., y aquel

mismo dia se extendió á D. Diego el Real Despacho de Capitan del regimiento caballería de Almansa. El 6 de Setiembre tomó el mando de su compañía, con la cual siguió al Cuerpo en las guarniciones durante dos años. El 20 de Diciembre de 1826, fué nombrado Ayudante de Campo del Marqués de Zambrano, á la sazón Ministro de la Guerra y Comandante general de la Guardia Real de caballería. El 27 de Julio de 1827, salió á Capitan de coraceros de la Guardia, en cuyo empléo le comprendió el grado de Coronel, por las gracias concedidas á la Guardia en 1829. En 30 de Diciembre del mismo año, pasó, con su empléo de Capitan, al regimiento de Granaderos á caballo, y en este regimiento permaneció hasta 1834, en cuya época fué ascendido, por antigüedad, á Comandante del tercér escuadron de lanceros. Este último nombramiento lleva la fecha de 7 de Octubre, fecha despues terrible para Leon.

Leon sólo había sido hasta entónces un oficial brillante, en la brillante oficialidad de la Guardia. Aquella porcion escogida del ejército se había dividido entre los dos campos que se repartían la Nacion. Un gran número de ellos había corrido á defender la bandera de D. Carlos, ya arrastrados por sus principios políticos, ya empujados por la desconfianza natural y por las injusticias parciales del nuevo Gobierno; pero la mayor parte habían permanecido fieles á la causa de la Reina, ó bien halagados con el triunfo y el porvenir de las ideas liberales, ó bien por el mero convencimiento de la legitimidad de la Hija de Fernando VII. Leon fué de aquellos en quienes ambos motivos se reunieron para determinarles á sacar la espada en defensa de la Reina; su carácter simpatizaba con el gran partido, que volvía al poder despues de una lar-

ga proscripción, y su alma caballerosa se complacía en ver representada la legitimidad en una niña salida de la cuna para el Trono. El caballero contribuyó mucho en él á señalar la bandera del militar.

Apénas turbada la restauracion del último Monarca por una insurreccion carlista y por algunas intentonas de la emigracion, fuegos tan pronto encendidos como apagados, el ejército de 1833 no había pasado nunca por el bautismo de los campamentos; pero la paz le había dado una organizacion cual nunca la había tenido en nuestros tiempos modernos, y aquella milicia disciplinada y regularizada, con la Guardia Real á su cabeza, inspiraba la misma confianza en su valor, que si hubiese recorrido los campos de batalla de toda la Europa. En 1834, en la época en que Leon fué nombrado Comandante de escuadron, el ejército justificaba largamente la esperanza de la Nacion, derramando su sangre en el Norte de la Península. Leon había permanecido en la guarnicion de Madrid, puesto asimismo honroso para un militar en los primeros momentos de una gran mudanza política; pero había tenido que contener los impulsos de su ánimo guerrero, al ver partir á sus compañeros para la recién abierta campaña, y el nuevo ascenso le sirvió de estímulo para pedir que se le destinase al ejército. De allí á poco salió de Madrid para las provincias, dejando en Madrid á su esposa, hija de los Marqueses de Zambrano, con la cual había contraído matrimonio dos años ántes.

La guerra salía entónces de aquel primer período, que fué una larga y sangrienta carnicería entre el ejército de la Reina y las bandas de D. Carlos, para entrar en aquel segundo período, que fué una série de triunfos para estas bandas, convertidas tambien en ejército bajo la ma-

no formidable de Zumalacárregui. Hasta que este campeón principal del carlismo cayó frente á los muros de Bilbao, el Trono de la Reina Isabel no se afirmó en sus cimientos; pero el peligro del Trono infundía mayor aliento en sus defensores, y una oficialidad valerosa derramaba su sangre por la Reina con el hermoso quijotismo de la juventud hácia las nobles causas. Era aquella la época de los entusiasmos; no había llegado todavía la de las ambiciones, y ninguna otra de la guerra fué más fecunda en proezas y en sacrificios. Los Malibran, los Campo-Alange, los Oráa, los Santiago pagaron su entusiasmo con la vida!... Á Diego de Leon le aguardaba un destino más grande y más triste; y mientras la multitud de los acontecimientos, haciendo las veces del tiempo, parecen haber echado un velo de olvido sobre aquella generacion militar, segada al principio de su carrera, la figura de Diego de Leon, del General Leon, no llamado hasta más tarde por la voz de la hora suprema, se agrandará cada dia con la distancia entre el aparato de una muerte política y verdaderamente histórica. Al hablar de Diego de Leon, la idéa de su muerte no se aparta un momento de la memoria.

No seguiremos nosotros paso á paso á este guerrero célebre. Su vida militar es casi toda ella una série de hazañas individuales, cuya relacion fuera ocioso enlazar con los planes de operaciones que se sucedieron en el curso de la guerra. Los nombres de las acciones donde peleó, señalan tantas ocasiones en que jugó su vida ántes de alcanzar uno de los primeros puestos del ejército, y solamente nos detendremos en aquellas acciones de que se hará mencion especial en la historia de nuestra guerra.

El 26 de Octubre de 1834 se incorporó Leon al ejér-

cito con su escuadron de la Guardia; allí había otro escuadron del regimiento, al mando del coronel; cayó este enfermo, salió del cuerpo el comandante más antiguo, y recayó en Leon el mando de los dos escuadrones. Al frente de ellos estuvo en la mayor parte de las acciones con que se abrió aquella segunda campaña; al frente de ellos peleó el 15 de Enero de 1835 en la acción de Urbiza, el 27 del mismo mes en la de Muez, el 5 de Febrero en los campos de Nazar, Asarta, y en el puente de Arquijas: mandándolos y mandando ocasionalmente otros trozos de caballería, concurrió á la acción de los Arcos el 24 de Febrero, á la del puente de Lárraga el 8, y á la de Arroniz el 29 de Marzo. El 2 de Mayo protegió la retirada del fuerte de Treviño, el 16 coadyuvó al reconocimiento sobre el valle del Carrascal; el 13 de Julio combatió la retirada del sitio de Salvatierra, y el 16 del mismo dió una carga brillante en la batalla más grande de esta guerra, en la gloriosa batalla de Mendigorria. Todo esto, sin contar los encuentros parciales, los lances de las marchas, las emboscadas, las sorpresas en que escaementó al enemigo.

Pero el día en que Leon confirmó su reputación de jefe de caballería, fué el 2 de Setiembre de 1835 en los campos de Arcos y en las alturas de Lomba. El general Espartero, que mandaba la acción, le destinó á sostener el ala derecha de la línea con un escuadron de su regimiento, compuesto de unos ochenta lanceros. Los enemigos vinieron sobre los nuestros con fuerzas muy superiores, y los arrollaron. El escuadron de lanceros fué el único que se mantuvo firme en su puesto, y poniéndose Leon á su cabeza, y haciendo dos movimientos tácticos para envolver al enemigo por el flanco, cayó con

aquella reducida fuerza sobre los cinco batallones y tres escuadrones del enemigo, é introdujo el desorden en sus filas; rehiciéronse, empero, y cargando Leon segunda vez, y cargando hasta cinco veces, acabó por derrotarlos completamente, obligándolos á tomar la retirada. En aquella acción perdió Leon, como Moreau en Novi, tres caballos. Al día siguiente se mandó formar el ejército en batalla; los lanceros fueron recibidos con marcha de honor y el arma presentada, y el General Córdova puso por su mano á Leon la cruz laureada de San Fernando, dispensándole la Reina de juicio contradictorio por la notoriedad de la hazaña.

Siguiendo Leon los movimientos del ejército, volvió á combatir el 11 de aquel mismo mes en los campos de Mendigorria; asistió el 17 de Octubre en Salvatierra, y al reconocimiento sobre Guevara, desalojando de sus posiciones al enemigo; sostuvo el 28 la marcha desde Villa Real á Vitoria, protegiendo con cinco escuadrones la retirada de todo el ejército, y dando dos cargas al enemigo, que le valieron una mención honorífica en la orden general; peleó el 15 de Noviembre en Estella y el 16 en Montejurra, lanzándose con su escuadron en el desfiladero del monte, pasándolo con siete lanceros, acometiendo con ellos solos á dos escuadrones, y haciéndoles treinta y tantos prisioneros; concurrió el 1.º de Enero de 1836 á la acción sobre el castillo de Guevara; el 16 y 17 á los sangrientos combates de Arlaban, y el 23 al reconocimiento sobre aquel castillo; se batió el 25 de Febrero en Berrio Plano, decidiendo la acción con una carga, y el 5 de Marzo en Zubiri; salió el 23 con ciento cincuenta infantes y sesenta y cuatro caballos en persecución de dos batallones y un escuadron mandados por

el Rojo, y alcanzándolos al amanecer del día siguiente, los puso en dispersion á la segunda carga. Por aquellos días perdieron los húsares de la Princesa á su valiente Coronel D. Pedro Elio, asesinado por un prisionero despues de la accion de Orduña: la opinion del ejército señalaba á Leon para sucederle, y el Gobierno, por despacho de 12 de Marzo, le puso á la cabeza de aquel regimiento, invencible despues bajo su mando. Con él concurrió el 25 de Abril al reconocimiento sobre Villa Real de Álava, con él marchó luego á proteger el fuerte, todavía á tiempo, de Villaba de Losa, volviendo á tiempo para entrar en alguna de las memorables acciones que se diéron del 21 al 27 en Arlaban, cuyos partes se leyeron con tanta admiracion en España.

Entretanto había salido del Norte la célebre expedicion del General carlista Gomez, cuyos batallones recorrieron de extremo á extremo la Península; expedicion que puso en cuidado al Gobierno, que alarmó á los pueblos, que dió un golpe fatal á la reputacion de algunos Generales nuestros, pero que hecha con el intento de sublevar las provincias pacíficas y de diseminar el ejército de la Reina, se volvió al cuartel de D. Carlos sin llevarle el homenaje de un pueblo, ni ofrecerle los despojos de una victoria. Leon marchó con sus húsares en la division destinada á la persecucion de Gomez, recorriendo en pos de él las provincias de Asturias, Galicia, las dos Castillas, la Mancha y Andalucía; y si bien fueron muchos los encuentros y algunas las acciones de aquella dilatada correría, sólo hace á nuestro propósito la accion dada el 22 de Setiembre de 1836 en la provincia de Cuenca, junto al pueblo, desde entónces famoso, de Villarrobledo.

En este pueblo alcanzó la division de Alaix á la division de Gomez. La primera se componía de 3,000 infantes, 150 húsares y 80 caballos del primero de ligeros; la segunda de 11,000 infantes y 1,200 caballos, mandados estos por Cabrera. Alaix, considerando la superioridad numérica del enemigo, y viéndolo presentarse en ademan de batalla, tomó posicion con la infantería y los caballos ligeros en un terreno levantado, y mandó á Leon que maniobrase discrecionalmente con sus húsares. El General esperaba un escarceo; Leon le dió una victoria. Apenas fué dueño de sus movimientos, separándose del cuerpo de la division con su escasísima fuerza, comenzó á maniobrar, y continuó maniobrando hasta colocarse por un movimiento rápido en el flanco derecho de la línea enemiga, formada por catorce masas de infantería y dos columnas de caballería. Una vez allí, no dió tiempo al enemigo para un cambio de direccion, sinó cargándole al tiempo de ir á empezar su movimiento, lo arrolló todo, lo deshizo todo, lo mismo á los infantes que á los caballos.

Y bien fué necesario el atolondramiento de aquellas bandas al impetuoso ataque de los húsares para que Leon no pereciese en aquella jornada. Arrebatado del ardor del combate, cegado por ese entusiasmo febril que sólo conocen los que han jugado con la vida y la muerte en las batallas, el valeroso coronel fué dejando detrás de sí á sus húsares, empeñados en la custodia de los prisioneros, en la persecucion de los fugitivos, en la rendicion de los que ponían resistencia. Había penetrado él al frente de todos, por entre una masa formidable de soldados, que como las olas podían volverse á cerrar sobre su paso; había ido trazando un sendero de carnicería

por enmedio de aquellos 11,000 hombres apiñados en formacion compacta, sin volver los ojos atrás sinó para sostener con sus miradas á los suyos, y pasar con su lanza á los que le acometían por la espalda. Trece de las catorce masas enemigas había atravesado ya, y al tocar á la última, se encontró con que sólo ocho húsares, nueve con él, habían llegado hasta allí; pero no los contó, sinó que con ellos se arrojó sobre aquella masa, con ellos la intimidó y la puso en fuga, con ellos penetró hasta las calles del pueblo, y con ellos dió cima á aquella brillantísima hazaña: 860 hombres contaba la última columna, y los 860 se rindieron. Alaix, que había contemplado desde su posicion el espectáculo de la derrota enemiga, bajo entónces á recoger los despojos que había hecho Leon; 2,000 prisioneros, entre ellos 102 jefes y oficiales, y 200 muertos sobre el campo. Leon tuvo á un oficial y cinco soldados muertos, 10 soldados y 20 caballos heridos: pequeñísima pérdida para tamaño peligro.

La batalla de Villarrobledo, si no de las más importantes, ha sido con razon una de las más famosas de la guerra. El resultado habría sido dar el carácter de una fuga á la incursion de Andalucía, si culpas ajenas de Leon no hubiesen atado los piés á los soldados de la Reina en el campo mismo de la victoria. Aquel milagro del valor no es ménos asombroso por eso. Las tropas de Gomez no eran ciertamente el nervio del ejército carlista; entre aquellos 11,000 infantes había mucha confusion de gente bisoña; entre aquellos 1,200 caballos había muchos ginetes que apénas se tenían en la silla; pero los primeros contaban en sus filas algunos de los siempre formidables batallones navarros; los segundos iban mandados por un jefe como Cabrera, y Cabrera y los bata-

llones navarros eran ya enemigo bastante para la division de Alaix.

Leon, cuyo alto hecho de armas recuerda á los héroes de la antigüedad y á los paladines de la Edad media, á los Teséos y á los Roldanes, imprimió terror pánico en el corazon de aquellos hombres, y no se necesita otra explicacion para tan extraordinaria derrota. Los húsares, que no habían adquirido todavía la confianza en sí mismos, que hace los buenos soldados, no dejaron en lo sucesivo á ningun caballo del ejército adelantarse en el campo á sus caballos. Aquel regimiento fué mirado ya como invencible; cada húsar fué desde entónces señalado con el dedo, y el coronel fué ascendido á brigadier de caballería, y nombrado comandante general de la caballería del ejército en campaña.

Continuó Leon en seguimiento de Gomez, libertando el 14 de Octubre á la ciudad de Córdoba de su dominio, y tornando á escarmentarle, el 2 de Noviembre, en Alcaudete; hasta que, restituida la expedicion, con harto desaire, á las provincias, los húsares fueron mandados á Palencia. Allí estaba el regimiento recobrándose de la marcha de mil y noventa y tres leguas que había hecho sin un solo dia de descanso, cuando bajó del Norte otra expedicion destinada á reparar con usura los desastres de la primera, que debía trasladar á D. Carlos desde el Real de Oñate al Palacio de Madrid, y que no logró, en verdad, sinó acabar con la fuerza moral del carlismo: la expedicion de 1837 sobre Madrid, mandada por el Pretendiente en persona. Leon recibió la orden de reunirse con su regimiento al perezoso ejército que venía en seguimiento de los carlistas, y se incorporó con él al dia siguiente de la malhadada batalla de Huesca. En aquella

ocasion tenía que vengar sangre suya; su sobrino, Diego de Leon, como él jóven, bizarro, y Coronel de caballería como él, había caído con el General Iribarren en aquella desastrosa jornada. Siguió, pues, con el ejército hasta Barbastro, en donde estaba el cuartel general de D. Carlos. Apénas se acercaron nuestras tropas al pueblo, se presentaron los enemigos y se rompió el fuego; pero deshecha nuestra línea y desordenados nuestros batallones, la victoria se inclinó del lado de los contrarios. Entónces tomó Leon sus tres escuadrones de húsares y uno de cazadores de la Guardia, y separándose del ejército, por un movimiento que reprodujo muchas veces con éxito en el curso de la guerra, ganó el flanco izquierdo de los enemigos, escalonó sus fuerzas, comenzó á dar cargas alternadas, obligó al enemigo, no sólo á ceder en lo mejor del ataque, sino á retirarse precipitadamente al pueblo, y quedó campeando en sus posiciones, al frente de su valerosa caballería. El General Oráa, que mandaba la accion, atribuyó á Leon el resultado.

Perseguido D. Carlos en su retirada, como no lo había sido en su excursion, no pudo sostenerse en Aragon, y pasó á Cataluña. El Baron de Meer, Capitan General del Principado, tomó el mando de las divisiones del Norte, y encontrando á D. Carlos al frente de los suyos en las posiciones de Grá, le presentó la batalla. Leon formó el costado izquierdo de la línea con dos escuadrones de húsares y un batallon de la Guardia, en cuyo puesto permaneció hasta que, viendo que eran pasadas cuatro horas de fuego sin ventaja por ningun lado, ganó el flanco derecho del enemigo, cargó á la bayoneta con la infantería, y continuando él mismo la carga con sus dos escuadrones al abrigo del batallon, dió al General en Jefe

la señal de un ataque sobre el frente, que acabó con la derrota del enemigo. La Gran Cruz de Isabel la Católica fué el premio de Leon por aquel servicio. El Baron de Meer le reprendió por no haber obtenido todo el resultado posible; él, á su vez, descargó la culpa sobre el Baron, y se retiró, como Aquiles, á su tienda; se fué á Barcelona. Los militares dicen que aquella fué la mejor carga de caballería de toda la campaña.

Ya por entónces había en el ejército pocos Generales que rivalizasen con el Coronel de húsares en nombradía. En Barcelona se le recibió con grande agasajo; el pueblo se le quedaba mirando en la calle con muestras de admiracion; la gente se apiñaba á la Rambla y al teatro por contemplarle. Pero fueron pocos los dias que permaneció en el ocio. Salido el ejército de Cataluña y entrado en Navarra tras la faccion, Leon volvió á perseguirla bajo las órdenes del General Espartero, y al frente de la caballería. Muchos fueron los encuentros parciales que hubo, en alguno de los cuales se vió á Leon adelantarse, meterse solo entre los enemigos y jugar el sable ó la lanza como en una escuela de armas; pero no se dió otra accion general hasta principios de Noviembre, en uno de cuyos dias fué alcanzada toda la faccion en Pozo Aranzueque. Mandósele á Leon adelantarse á tomar la vanguardia enemiga, y como la hallase en fuerza de tres batallones y cinco escuadrones dispuestos á recibirle, desplegó su regimiento, cargó con él, arrolló á los carlistas y les quitó el pueblo; volvió seguidamente á desplegar en tiradores sus húsares, arremetió de nuevo á la línea principal, que se conservaba en buen orden, y acuchillándola, y desbaratándola, y haciendo prisionero á un batallon que formaba la reserva, decidió la victoria en favor de las armas de la Reina. Por



esta accion fué promovido á Mariscal de Campo en 11 de Noviembre de 1837; y como si quisiese hacer mayor su merecimiento, y como si fuese destino de aquella malhadada expedicion llevar un golpe y otro de su mano, por aquellos mismos días, cuando aún no había recibido la faja, se le ofreció en Huerta del Rey la ocasion de dar una de sus cargas más celebradas. Marchaba él muy á la vanguardia del ejército con sesenta y nueve tiradores; los formó en batalla, y aprovechando el momento de ir los enemigos á desplegarse para envolverle, se lanza á rienda suelta contra ellos, los bate, los obliga á la fuga, y les toma sesenta y ocho caballos y noventa y tres prisioneros. Los enemigos eran nueve escuadrones de caballería.

Siguió el General con el ejército todos los movimientos de los enemigos, hasta que se internaron en la provincia de Álava, en cuyos días fué nombrado Comandante general de la division que operaba en Navarra. El estado de aquellas tropas era miserable: carecíase en la provincia de todo lo necesario para la division, y el General tuvo que buscar por cuatro meses consecutivos el sustento diario del soldado. Sin calzado para la tropa, sin un real para los oficiales, parecía que las operaciones no habían de adelantar un paso; pero Leon vencía todos los obstáculos con su actividad y con su ejemplo. Si había privaciones, él era el primero en sufrirlas; si había peligros, él era el primero en arrostrarlos. Á caballo desde el amanecer, aún le quedaba tiempo para empeñar una accion cada día, hasta conseguir que los enemigos se volviesen á poner del lado allá del Arga y respetasen su campo.

Dueños estos de toda Navarra durante la última ex-

pedicion, habían fortificado el puente de Belascoain. Es Belascoain un pueblo situado en una pequeña altura, á la orilla izquierda del Arga. Aquel puente ofrecía fácil y segura comunicacion con el Carrascal, y el Carrascal era el paso preciso de los nuestros para Pamplona. Á cada convoy que había que introducir en esta plaza, la division entera tenía que marchar al Carrascal, ó dejar el convoy en manos del enemigo. Convenciósese, pues, el General de la necesidad de arrancar el puente de Belascoain de manos de los enemigos, y puso en conocimiento del General Alaix, Virey en cargos de Navarra, su propósito de tomarlo. El Virey no aprobó el proyecto porque desconfiaba del éxito; pero Leon tomó sobre sí la responsabilidad de la empresa, y la llevó adelante. Su primer diligencia fué hacer con sus tropas un movimiento hácia el extremo opuesto de la línea, ó lo que es lo mismo, en direccion contraria al enemigo, á fin de darle ocasion y tiempo de hacer una incursion en el Carrascal. Así sucedió. Los enemigos, en fuerza de ocho batallones y seis escuadrones mandados por Zavala y Pavía, pasaron á ocupar los pueblos de Otezgarda, Legarda, Muzo, Baznon y Obanos; y en sabiéndolo Leon, que se había situado en Lodosa, á siete leguas de distancia, emprendió la marcha con la fuerza de cinco batallones, cuatro escuadrones y una batería rodada. Las nueve de la noche eran cuando salió de Lodosa, y al amanecer se hallaba en Puente la Reina, punto fortificado y ocupado por sus tropas, distante tres cuartos de hora de los puntos ocupados por el enemigo. Entrado el día, el General volvió á emprender la marcha. Los enemigos se habían concentrado en las fuertes posiciones de Legarda y el monte del Perdon; esperaban la batalla, y Leon se la

dió, tomándoles aquellas posiciones, arrollándolos sobre el pueblo y puente de Belascoain, y acampando á vista de ellos en el monte del Perdon, desde donde aseguraba sus comunicaciones con Pamplona. Desde allí envió á su Jefe de E. M. á anunciar al Virey la manera como habia inaugurado la ejecucion de su plan, á participarle que se proponía atacar el puente á la otra mañana, y á pedirle la artillería gruesa que para ello necesitaba.

El enemigo pasó el puente aquella noche, dejando en el pueblo dos batallones repartidos en casas aspilleras y preparadas para la defensa, y colocando el resto de la fuerza en tres reductos, dos casas fuertes y tres líneas atrincheradas, establecidas para impedir el paso de un vado inmediato al puente. Leon no aguardó el auxilio que debía recibir de Pamplona: en cuanto amaneció, se puso en movimiento hácia el pueblo, y despues de cuatro horas de un fuego mortifero, despues de una resistencia obstinada por parte de los defensores, marchó sobre él á la bayoneta y lo tomó con cuanto dentro habia. Este era el momento crítico, porque era el momento de atacar el puente; y en este momento crítico se le presenta su Jefe de E. M. de vuelta de Pamplona. La respuesta del Virey era que no enviaba la artillería por no perderla. Dícese que Leon, en un raptó de cólera é imprudencia, exclamó entónces en presencia de su E. M.: «Ya hay complot de Generales contra mí.» Como quiera que fuese, su honor estaba comprometido; el honor de sus tropas lo estaba tambien; en el pueblo no se podía quedar, porque el enemigo ocupaba el puente; aun cuando pudiese, el pueblo sin el puente no era nada, porque no era la posicion. ¿Se había de volver, debilitando la fuerza moral del soldado y exponiéndose él mismo á las resul-

tas de una desobediencia, que no admitía otra justificación que el éxito? Cometida ya la temeridad, resolvió consumarla; y metiendo espuelas á su caballo, y rompiendo por entre sus ayudantes, que le siguieron perplejos, corrió por delante de las filas y anunció á los soldados que se iba á tomar el puente por asalto. En seguida mandó á un batallon que permaneciese en el pueblo; organizó los demás en columnas cerradas, desplegó otro batallon en la orilla para apagar los fuegos de la línea opuesta, se lanzó sobre el rio con los tres batallones restantes y con la caballería, pasó el vado á pié al frente de ellos, y bajo un diluvio de balas, y tomando á la carrera los reductos y las casas, y ahuyentando á los enemigos de las posiciones que cubrían estos puntos, se apoderó de las piezas y municiones de guerra que allí habia. En el momento volvió á despachar á su Jefe de E. M. para comunicar al Virey el resultado de la operacion y pedirle lo único que ya necesitaba, raciones para la tropa, pólvora para volar el puente y útiles para destruir los reductos. Volvió el Jefe de E. M. con la pólvora, pero sin las raciones, porque dijo el Virey que no las tenía. El soldado estaba desfallecido, y sabiendo Leon que los enemigos tenían un depósito de víveres en el fuerte de Ziriza, á media legua de Belascoain, escalonó sus fuerzas en aquella direccion, y marchó con dos batallones, la caballería y la artillería rodada sobre aquel punto. Escarmentados los enemigos en la accion anterior, abandonaron el fuerte á la aproximacion de las tropas, y Leon halló en él víveres de toda especie para racionar á sus soldados por cinco dias. Estas acciones le valieron la Gran Cruz de San Fernando.

Ocupóse luego en inutilizar á Ziriza, y dejó concluidas